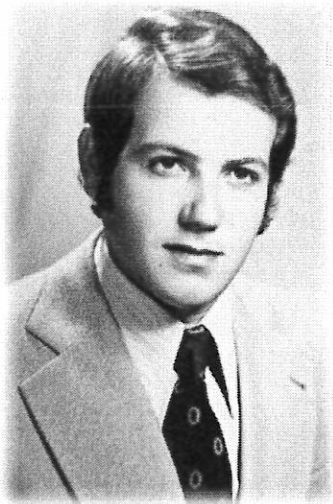
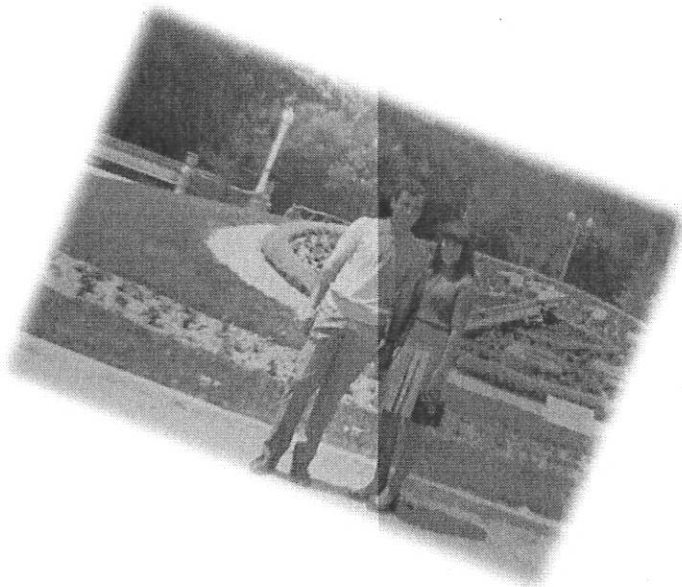


MIS ABUELOS



JESÚS Y MARÍA
VICTORIA



ASUNCIÓN Y ALFREDO

ALEJANDRA DIEZ MARTÍN

Esta es la historia de unos valientes. Esta es una historia de superación. Esta es la historia de una generación de supervivientes que no lo tuvieron fácil. Esta es la historia de mis abuelos.

Mi abuelo Jesús nació un 23 de mayo de 1944, en plena posguerra, una época de pobreza, hambre y miseria. Afortunadamente, su padre, Enrique, era dueño de una importante y rica fábrica de muebles de Medina del Campo. Años atrás, Enrique se había casado con María, una hermosa mujer de su mismo pueblo. Fueron muy felices, y fruto de ese amor nacieron tres hijos: Enrique, Eduardo y mi abuelo Jesús. La alegría duró poco en esa casa. Una mañana, Enrique empezó a encontrarse mal. Nadie sabía lo que le pasaba, y al cabo de unas horas, terminó falleciendo. Con el tiempo se supo que había sido por un fallo cardíaco, una enfermedad que hoy en día no es mortal, pero que en aquellos años, debido a la poca información y escasos medios disponibles, supuso la muerte de mi bisabuelo. Mi abuelo Jesús solo tenía 6 meses, y se había quedado sin padre. A pesar de la tristeza que había en esa casa, a María y a sus hijos nunca les faltó de nada. Los hermanos de Enrique se hicieron cargo de la fábrica y la daban un dinero para que pudiera sacar adelante a sus tres hijos. De hecho, fueron de los primeros en tener una televisión en blanco y negro en el pueblo. Fueron pasando los años, mi abuelo Jesús era un niño travieso que se dedicaba a ir a la escuela y jugar en la calle con sus amigos. Como aquella vez que robaron una gallina, con la mala suerte de que les pillaron. Así pasaban los días, entre travesuras y estudios, cuando otra desgracia llegó a su vida. Cuando Jesús tenía doce años, descubrieron que María, su madre, tenía un tumor en un pecho. Poco pudieron hacer por ella, ya que al poco tiempo falleció. Con doce años se había quedado huérfano. Sus



hermanos mayores decidieron vender la fábrica e irse a vivir lejos de Medina.

Jesús se quedó sin padres, hermanos ni dinero. Menos mal que Josefa, hermana de María, se hizo cargo de él y se le llevó a su casa. A pesar de que Josefa le quería mucho, era una mujer solterona, muy estricta y con mal carácter, por lo que la vida de mi abuelo Jesús cambió bastante. Se acabaron las travesuras.

Con Josefa vivió hasta los dieciocho años, cuando decidió que era momento de independizarse. Un buen día cogió un tren y se fue a vivir a Pamplona, donde se puso a trabajar en una fábrica de muebles. Allí no fue feliz. Echaba de menos a sus amigos, su casa, y aunque parezca increíble, a Josefa, quien, a pesar de no ser muy cariñosa, le había mimado mucho. Ahora no tenía quien le hiciera la comida ni le planchase la ropa, así que decidió regresar. Al poco tiempo le llamaron de la fábrica de Fasa Renault de Valladolid donde ha estado trabajando hasta que se jubiló. A los veintisiete años se casó con una joven de Medina del Campo llamada María Victoria, para mí, la abuela Mari.



María Victoria nació el 12 de mayo 1953. Era la segunda hija de Jonás y Elisea, un matrimonio humilde con cuatro hijos: Josefa, María Victoria y los mellizos Emilio y Miguel. Victoria siempre fue una niña traviesa, que siempre quería hacer lo que hacía su hermana mayor. Un día, Josefa se "piró" de clase, y para que no se chivase a Jonás, la dejó ir con ella. Con la mala suerte que

Mi
abuela
Mari

cuando salían por la puerta del colegio, allí estaba Jonás con su bicicleta (en esa época muy poca gente tenía coche), que iba a hablar con las monjas, y las pilló. ¡Menuda bronca las cayó! Otro día, estaban los cuatro hermanos jugando en casa, y como no tenían apenas juguetes, a mi abuela no se la ocurrió otra cosa que

coger un tocón de madera de la cuadrilla, y lanzárselo a Miguel. Victoria, que no tenía muy buena puntería, falló y fue a dar a una mesa de cristal que se rompió en mil pedazos. Tanto lloró, que cuando Jonás llegó a casa, Elisea le dijo que no la riñese que ya había llorado suficiente.

Así fue pasando la niñez de Victoria, entre juegos, travesuras, escapadas a la era a montarse en tractores,...Hasta que cumplió los dieciséis años. Como no quería estudiar, y en casa había que ayudar, se puso a trabajar en una tienda de ultramarinos, junto a su prima Geli. Allí trabajaba mucho, pero también tenían ratos de diversión, como cuando su jefe se pasaba un poco con el vino, y ellas aprovechaban para comer chocolate sin que las pillaran. Quiso el azar que un día, conociera a Jesús, un hombre nueve años mayor que ella, del que se enamoró locamente. Afortunadamente él también la correspondía, y se hicieron novios.

No fue fácil al principio por la diferencia de edad, pero como Jonás había trabajado en la fábrica de muebles de mi bisabuelo Enrique, y conocía a la familia, terminó aceptando la relación. Así, el nueve de agosto de 1973, mis abuelos se casaron en la iglesia de La Colegiata de Medina del Campo. Un año después, el 6 de junio de 1974, nació su primer hijo, mi tío Enrique, y el 12 de noviembre de 1976, nació María Aránzazu, Arancha, mi madre. Aún siguen felizmente casados, y si Dios quiere, el próximo año, celebraremos juntos sus bodas de oro.



Alfredo nació un 1 de abril de 1948, en un pueblo muy pequeño y humilde de Cantabria llamado San Andrés de Valdelomar. Allí vivía en una enorme casona junto a su familia: primos, tíos, abuelos, sus padres Alfredo y Pilar, su hermana Rosa, y rodeado de vacas, cerdos, ovejas, gallinas... Mi abuelo Alfredo era feliz con esa vida humilde. Los días transcurrían de la escuela a casa para ayudar con los animales, y de casa a la escuela, aunque siempre había tiempo para ir a la plaza a jugar con sus amigos Saturio y "los Tatos", unos hermanos que siempre la estaban liando en el pueblo.

Pero todo cambió a los doce años. Mi abuelo acabó la escolaridad en San Andrés y no podía continuar sus estudios allí, así que, muy a su pesar y con gran tristeza de sus padres, mis bisabuelos, se tuvo que venir él solo interno al colegio Los Maristas en Valladolid. Fueron años muy duros, en los que echaba de menos su pueblo con toda la naturaleza y los animales, a sus amigos, pero, sobre todo, a sus padres. Tuvo que ser valiente, secar sus lágrimas y aprovechar a estudiar mucho para que sus padres estuvieran muy orgullosos de él. Aunque fueron años muy difíciles, aún los recuerda con nostalgia ya que fue en Maristas donde conoció a grandes amigos, como Anselmo, con los que compartió confidencias, castigos, pero

también muchas horas de diversión. En el internado estuvo hasta que finalizó sus estudios, y enseguida empezó a trabajar en Bimbo, de repartidor, pero ese trabajo no le hacía feliz. Así que, en cuanto tuvo la ocasión, se puso a trabajar en Castaño, una tienda de muebles, donde también era el encargado de repartir los muebles. Pero eso tampoco era a lo que quería dedicar toda su vida. Al poco tiempo, le salió la oportunidad de ponerse a trabajar como vigilante de una gran empresa en Valladolid, Iveco Pegaso, donde ha trabajado hasta que le llegó la hora de la jubilación.

Mi abuela Asunción es la tercera de cinco hermanos. Nació en un

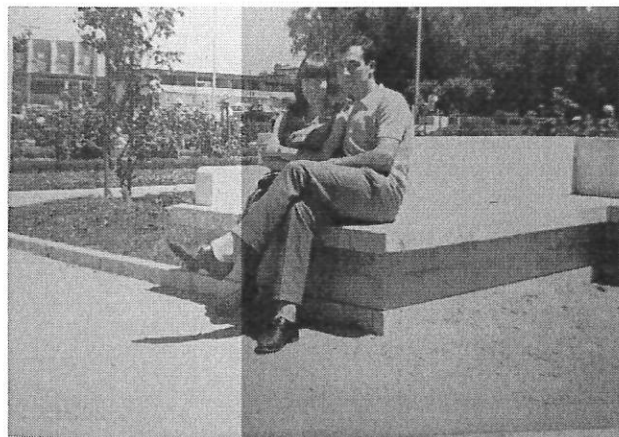


pueblo pequeño de Valladolid, llamado Villán de Tordesillas, un 13 de agosto de 1944. Allí creció feliz junto a sus padres Natividad y Jacinto, y sus hermanos Rosa, Ana, Cheli y Enrique, pero se

le quedaba pequeño. Ella anhelaba salir de allí y vivir otras experiencias. Y... ¡vaya si las iba a vivir! Como Choni (como la llamamos en casa), no paraba de repetir que quería irse del pueblo, sus padres, cansados de tanta insistencia, decidieron que se iba a ir a vivir a Valladolid,... a cuidar a unos tíos ciegos que vivían allí. Así que Choni, con 16 años, cogió su maleta, y muy ilusionada se fue a Valladolid con sus tíos. La alegría la duró poco. Justo en lo que conoció a sus tíos Emilio y Alfonsa. Enseguida mi abuela Choni se dio cuenta de que su experiencia en la gran ciudad no iba a ser como ella imaginaba. Ella era la encargada de cocinar, limpiar, comprar,...y se convirtió en el lazarillo de su tío Emilio. Ella que soñaba con la libertad, con salir de paseo,... rápidamente vio truncados todos sus sueños. Se tuvo que dedicar a cuidar de sus tíos. Un día, en un guateque, conoció a un chico muy guapo y grandote, Alfredo, y empezaron a hablar, pero Emilio no quería ni oír

de novios para su sobrina, así que se opuso a esa relación. Tuvo de pasar mucho tiempo para que Emilio viera con buenos ojos a mi abuelo Alfredo. Pero por fin pudieron casarse. Lo hicieron un 28 de abril de 1973. Dicen que "casados casa quieren", pero este no fue el caso. Mi abuela Choni no podía dejar abandonados a sus tíos, así que después de una breve luna de miel en Alicante, tuvieron que volver a la casa que compartía mi abuela con Emilio y Alfonsa para seguir dedicándose a ellos... y a su marido. Al cabo de un año, el 17 de mayo de 1974 nació su primer hijo, mi padre, Ignacio, que llenó de alegría esa casa. Emilio, sin ser el abuelo real de Ignacio, se comportaba y le quería como tal. De hecho, a pesar de su ceguera, fue el primero en notar que a Ignacio le había salido su primer diente. Un día que estaba jugando con mi padre, éste le mordió y así fue como descubrió el diente.

Fueron muy felices los cinco en esa casa. Alfredo trabajando en Iveco. Choni encargándose de la casa y sus tíos. E Ignacio creciendo feliz. Hasta el 1 de junio de 1981 cuando nació Jorge. El segundo hijo de Alfredo y Choni. Mi tío.



Pasaron los años. Cada familia viviendo por su cuenta. Con sus trabajos, estudios, preocupaciones y alegrías. Y quiso el destino que en el año 1994 mi padre Ignacio, y mi madre Arancha, se conocieran porque tenían amigos en común. Al principio no se gustaron, pero

con el tiempo se fueron enamorando y se casaron el 26 de junio de 2004. El 24 de febrero de 2007 nació mi hermana Lucía y el 9 de agosto de 2010 nací yo.

Todos juntos, con mis tíos y primos formamos una gran familia. Tenemos nuestros momentos de alegrías y también de enfados, y de tristezas, pero creo que somos buenas personas, y todo ello se lo debemos a los valores y educación que mis abuelos han ido inculcando en sus hijos, y éstos nos han transmitido a nosotros.

Yo quiero mucho a mi familia, y me encanta estar con mis abuelos y que me cuenten "sus batallitas". Solo pido que vivan muchos años más, para que me sigan contando muchas historias de cuando eran pequeños.

